

DOCUMENTO

LA RELACION SOBRE LOS CARIBES DEL SEÑOR DE LA BORDE

Por Manuel Cárdenas Ruíz

DAMOS A LA PUBLICIDAD LA PRIMERA TRADUCCION AL español de la obra de François Blanchard, Señor de la Borde, Relation de l'origine, moeurs, coutumes, religion, guerres et voyages des Caraibes, sauvages des iles des Antilles de l'Amérique que forma parte de la llamada colección Billaine, o "Recueil des divers voyages". Esta colección, que lleva el nombre de su editor, comprende además de la obra de La Borde las de Richard Ligon "Histoire de l'Île des Barbades", y la "Description de l'Île de la Jamaïque avec des observations faites par le sieur Thomas, gouverneur de la Jamaïque", y son ellas o reediciones de viejas relaciones que se habían hecho raras, o "memorias" inéditas. La obra de La Borde tiene interés por su descripción bastante concreta y específica de la religión de los indios Caribes que el autor, a juzgar por lo que declara en la obra, ha conocido directamente. La "Relation" de La Borde salió publicada en 1674, y hasta el presente se nos ha hecho imposible obtener datos biográficos del autor, salvo lo que indica el mismo en su obra, y es que está "employé à la conversion des Caraibes, étant avec le R.P. Simon, "Jésuite". Así que pasamos al texto del señor de La Borde.

Relación del origen, maneras, costumbres, religión, guerras y viajes de los caribes, salvajes de las islas Antillanas de la América.

Hay un número tan grande de relaciones de las Islas, que es inútil el repetir lo que se ha dicho tantas veces. Si no obstante, pareciese que lo hago en algunas ocasiones, es porque se han presentado las cosas de manera distinta a como ellas son. Por no haberlas visto, o por algunas otras razones o consideraciones, nos las han falseado y

han dicho de ellas, más o menos, lo que no tienen. No pretendo hablar aquí del aire, del clima y de la naturaleza del país; otros han hablado de ello bastante; hago solamente algunas observaciones —para satisfacer a aquellos que lo desearan— sobre las costumbres y supersticiones de los salvajes, y lo que diré, lo puedo asegurar verdaderamente por el mucho trato que he tenido con ellos, y por haber sido bastante curioso y haber tenido el cuidado de informarme. Esta curiosidad no es censurable cuando de ella se obtiene algún provecho; porque cuando yo considero que los caribes son hospitalarios, sin ambición, muy simples, sin avaricia, muy sinceros, sin codicia, sin fraude, sin blasfemias, sin mentiras, no puedo más que admirarlos e imitarlos en su moral en cuanto a los puntos anteriores; y aun cuando ellos tienen esas perfecciones, también tienen sus vicios, de los que hablaremos a lo largo de este discurso. Cuando considero su ofuscación, y el que no tienen ni fe, ni ley, ni rey, me siento en la obligación de agradecer a mi creador haberme dado el conocimiento de un Dios y haberme hecho nacer en la verdadera religión y súbdito del más grande Rey del Mundo.

No me detendré a buscar el origen y extracción de los caribes, salvajes insulares de la América, puesto que ellos mismos no saben nada de él. Son tan poco curiosos del pasado como del futuro, y los autores hablan de aquél tan diversamente que no veo en todo ello más que obscuridad y poca certidumbre. Algunos, incluso, se han imaginado que descienden de los judíos, porque efectivamente los padres a las hijas las comprometen para esposas de natura, y porque no comen nada de cerdo.

Los viejos salvajes me han dicho que ellos provienen de los galibis de tierra firme, vecinos de los aluages, sus enemigos, ya que la lengua, las costumbres y la religión tienen mucho de parecido con la suya; y que ellos habían destruido enteramente a una nación en estas Islas, con excepción de las mujeres que las habían tomado para sí, y que es este el motivo de por qué la lengua de los hombres no se parece en varias cosas a la de las mujeres. Yo creo también que lo que ha hecho que las relaciones sobre ellos sean tan diferentes proviene de que desde que los caribes tratan con los extranjeros, han cambiado de costumbres y de maneras de ser, renunciando a lo que les era más apropiado. Hay allí, sin embargo, quienes no han cambiado nada, y éstos les dicen a los otros que la causa de todos sus males, de sus enfermedades, y de la guerra que los cristianos les hacen, proviene de que ellos no viven como caribes.

De su religión y las ideas que tienen de la Creación del mundo y de los astros

Aunque ellos tengan el espíritu extremadamente cambiante, muy ligero e inconstante en todas sus empresas, tienen, no obstante, el temperamento de los heréticos en materia de religión; pues son tan obstinados y están tan sujetos a su *Cemí* y a todas sus otras supersticiones, que todo lo que se les pueda decir para hacerles ver que es el Diablo quién les engaña bajo ese nombre no es suficiente para hacerles desistir. Ellos no tienen tal como los calvinistas, ni sacerdotes, ni altar, ni sacrificio, lo que no se ve, creo yo, entre todos los otros paganos. Ellos han aplastado por sus pasiones brutales, por sus modos bárbaros y por su vida de bastias, todo el conocimiento y las luces que la naturaleza da, las que proceden de la Divinidad; lo que es de asombrar y no creería, si no lo hubiese visto todos los días, es que después de veinte años de estarles predicando, no quieren creer, ni reconocer a su Creador y principio de todo bien. Ellos temen al (principio) del mal, que es el Diablo y al que llaman *Mapoia*, pero al que no le rinden culto alguno.

Si prestamos oídos a algunas de sus fábulas, hay lugar para creer que hayan estado en otro tiempo iluminados por la luz del Evangelio; lo que cuentan de *Luquo*, a quién consideran el primer hombre y el primer caribe, sería enojoso y también estaría contra el decoro, y podría chocar a oídos castos; de él informaré solamente alguna cosa.

Luquo fue el primer hombre y el primer caribe; no fue hecho de nadie, sino que descendió del Cielo aquí abajo, en donde vivió largo tiempo. Tenía un gran ombligo de donde hizo salir a los primeros hombres, así como de su pierna, haciéndose una incisión. Pasó muchas peripecias durante su vida, las que serían vergonzosas e infames de contar. Hizo los peces de raeduras y pequeños trozos de mandioca que tiró al mar; y el más grande de dos grandes disparates: resucitó a los tres días después de su muerte y volvió al cielo. Los animales terrestres vinieron después, pero ellos no saben de donde.

Los caribes en otros tiempos vivían mucho y no envejecían; morían sin estar enfermos. También no comían más que pescado fresco, y así no envejecían.

Ellos encontraron luego un pequeño huerto de mandioca que *Luquo* había dejado; pero no reconociendo esta planta, un anciano se les apareció quién les enseñó la manera de servirse de ella y les dijo

que rompiendo la planta en pequeños trozos y colocándolos bajo la tierra, brotarían de ellos otras raíces. Cuentan ellos que en un principio esta mandioca no tardaba más que tres meses en retoñar, que después fueron seis, y al fin nueve, como ocurre en el presente, antes de que esté en condición para hacer de ella el pan o *casabe* que ellos llaman *aleba* y las mujeres *maru*.

Creen que el Cielo ha existido siempre, no la tierra y el mar, no al menos en el bello orden en que se encuentran en el presente. Su motor y primer agente *Luquo* hizo primeramente la tierra suave, lisa, sin montañas; ellos no pueden decir de dónde él tomó la materia. La Luna marchaba incontinente y se creía muy bella, pero después que hubo visto al Sol, se fue a ocultar de vergüenza, y desde entonces no se muestra más que de noche.

Todos los astros son caribes; ellos hacen a la Luna masculina y la llaman *Nonun*, y al Sol *Huoiu*; le atribuyen los eclipses a *Mapoia*, al Diablo, que trata así de hacerles morir. Dicen que este ruin seductor, por sorpresa, les corta los cabellos y les hace beber la sangre de un niño pequeño; y cuando están bajo el eclipse total es entonces que se sienten más enfermos, y se ponen así al no poder calentarse con los rayos del sol y con su luz.

Estiman mucho más a la Luna que al Sol, y en todas las lunas nuevas, desde el momento en que comienza a aparecer aquélla, salen todos de sus bohíos para verla, gritando: He ahí la Luna. Cogen ciertas hojas de árboles que enrollan como un pequeño embudo, y hacen destilar en sus ojos alguna gota de agua mirándola, lo que es muy bueno para la vista. Ellos cuentan los días por las lunas, como los turcos, y no por el sol; en lugar de decir un mes, dicen una luna; no dicen ¿cuántos días estarás de viaje?, sino ¿cuántas noches dormirás fuera?

Sus números son sus dedos; para expresar doce muestran las dos manos y dos dedos de los pies; si el número excede al de los pies y las manos ellos se encuentran impedidos y dicen *tamieati*, mucho, y si es una gran cantidad muestran sus cabellos o un puñado de arena. Cuando es necesario ir a la guerra, y encontrarse reunidos el día señalado, toma cada uno un número de piedras, según sea su decisión, y las meten en una calabaza y cada mañana sacan una de ellas, y cuando no quedan ninguna más, quiere decir que el tiempo que queda para partir ha expirado y que hay que disponerse para la campaña. A veces hacen marcas sobre un trozo de madera, o bien cada uno ata nudos

en una pequeña cuerda y deshace uno cada día.

En el principio la tierra era blanda, el sol después la ha endurecido al igual que la del cielo; pues allí en lo alto hay más bellos huertos que los de aquí, bellas sabanas y bellos ríos; el *uicu* (brebaje como la cerveza) allí corre sin cesar, y no se bebe agua; los bohíos, las casas comunales, están mejor hechas allí, donde viven sus Cemís, y también ellos, después de la muerte; allá tienen más mujeres que aquí y cantidad de hijos. Allí no se trabaja, todo brota sin sembrarlo; no se hace más que beber y danzar, y no se está enfermo jamás.

Lo que ellos cuentan sobre el origen del mar y de la Creación, y en general de todas las aguas, se refiere en algún modo al diluvio. El gran Maestro de los Cemís, que son sus buenos espíritus, enfadado y encolerizado porque los caribes de esos tiempos eran muy malos y no le ofrecían ni casabes ni uicu, hizo llover varios días tan gran cantidad de agua que casi todos se ahogaron excepto algunos que se salvaron en pequeñas canoas y piraguas sobre una montaña, que en aquel entonces era la única. Es este diluvio del Huracán quien hizo los morros, los picachos y los acantilados que nosotros vemos. Los morros son las colinas. Los picachos son las altas rocas puntiagudas, o altas montañas, en forma de pan de azúcar. Es aquel quien ha separado las islas de la tierra firme. Si le preguntais de donde vienen estas aguas, ellos os responderán que de lo alto de los ríos, y que las primeras aguas vienen de la orina y de los sudores de los Cemís, y es esta la causa de la salinidad del mar, y que lo que ha hecho al agua dulce, es que se filtró del mar por debajo de la tierra y allí se purificó.

Racumon fue uno de los primeros caribes que Luquo hizo. Se convirtió en una gran serpiente y tenía la cabeza de hombre; estaba siempre sobre un *cabatas*, que es un gran árbol, muy duro, alto y erecto; vivía de su fruto, que es una gruesa ciruela o pequeña poma, y de ellas daba a los transeúntes; ahora se ha convertido en una estrella.

Savacu era también caribe; se convirtió en Erabier que es un gran pájaro; este es el *capitán de los huracanes*, de los rayos, y de los truenos; es quien produce las grandes lluvias; también es una estrella.

Achinaon Caribe, actualmente una estrella, produce la lluvia pequeña y el gran viento.

Curumon Caribe, también una estrella, es quien hace las grandes

olas del mar y vuelca las canoas. Las oleadas del mar son grandes ondas a las que se ve dar en tierra de un extremo a otro de la playa, de suerte que por poco fuerte que sea el viento, una chalupa o una canoa casi no podría abordar la tierra sin volcarse, o sin llenarse de agua. Es este también, por su viento, quien produce el flujo y reflujo del mar.

Cuentan y observan los años por la constelación de las Pléyades, sin embargo, no pueden decir cuanto hace que los primeros de su nación vinieron del continente a habitar las Islas; no pueden decir la edad que tienen; no distinguen nada de todo eso, y no se preocupan nada por esos conocimientos. No se preocupan apenas por saber de donde venimos; nos llaman *balanaele*, es decir, hombres de mar, y creían, efectivamente, que habíamos nacido en el mar, y que no teníamos otras viviendas que los navíos. En el presente creen que nosotros somos de otro mundo y que nuestro Dios no es el suyo, y el nuestro ha hecho el cielo y la tierra, pero no su país.

Como jamás han creído que haya otras tierras que las suyas, la primera vez que vieron los navíos y oyeron el cañón, creyendo que eran los diablos, y que el navío y los hombres que estaban vestidos y armados de otra manera que ellos, salían del fondo del mar y venían para raptarlos y apoderarse de sus tierras, huyeron a los bosques. Han reconocido después que se equivocaron en un punto y que el otro era verdad; ellos quisieran que jamás hubiésemos puesto el pie en su país, y en cualquier gesto que hacen nos muestran su aversión, pero no son de temer, ya que están derrotados. Creo que hay allí todavía cuatro mil; de treinta o cuarenta islas que ellos poseían, no ocupan ahora más de dos o tres. Los franceses, ingleses, españoles y los flamencos las tienen todas en el presente. La primera vez que vieron un hombre a caballo, creyeron que el caballero y el caballo eran de una pieza y que el hombre era parte de la bestia; no miraban esta máquina caminando, más que de lejos, y aún lo hacen en el presente; hay allí quien no osa aproximársele; hay, en la misma San Vicente, quien no ha visto todavía a los cristianos; y como es bien difícil que en esta suerte de relaciones no se haga alguna digresión, retornemos a nuestros astros.

Llaman al sol gobernador de las estrellas y dicen bien que es él quien con su gran luz impide que ellas aparezcan durante el día. Creen, no obstante, que aquéllas se retiran y que en la noche descenden. Los relámpagos se hacen por *Savacu* cuando sopla fuego por un gran canuto. El trueno y el rayo se producen cuando el Maestro o

capitán de los Cemís ahuyenta a los pequeños Cemís que nos son *manigats*, y es entonces, cuando éstos huyen y se caen de miedo, que uno oye este gran ruido; ellos también son quienes hacen temblar la tierra, y en ella se convierten en bestias, que sienten gran temor y se esconden cuando el rayo cae.

Cualina es el capitán de los Cemís; *Limacani* es el cometa enviado por el capitán de los Cemís para hacer mal cuando él está enojado.

Juluca, el Arco Iris es un Cemí que se alimenta de peces, lagartos, torcaces y colibrís; está cubierto de bellas plumas de todos los colores, particularmente la cabeza; ésta es semirredonda y es el cerco únicamente lo que se ve; las nubes impiden que se le vea el resto del cuerpo. Pone enfermos a los caribes cuando él no encuentra nada que comer allí en lo alto; si este Arco Iris aparece cuando están en el mar, lo reciben de buen grado y dicen que viene para acompañarlos y procurarles buen viaje; pero si aparece en tierra, ellos se esconden en sus casas y piensan que este es un Cemí extraño que no tiene Maestro, es decir, Piayé, de quien hablaré a continuación; y como no puede hacer más que el mal, por medio de malas influencias, procura por ello hacer morir a alguno.

Del Cemí y de Mapoia, que son sus bueno y malo espíritus, y algunas de sus supersticiones diabólicas

Se ve que los caribes son hombres bestias, o más bien, bestias que tienen la figura de hombres, en que no quisieran ir jamás a gozar de estas delicias, que dicen están allá en lo alto, ya que para ello es necesario morir y ellos no tienen otros deseos que estos de la vida presente; es también por la misma razón que se enfadan cuando se les habla de ir al Paraíso; no quieren dejar los bienes presentes por los bienes futuros, ni abandonar lo que poseen por lo que les es desconocido; ni dejar los placeres que siempre les atraen, por las delicias eternas que no ven ni halagan sus sentidos.

Ellos tienen gran cuidado de su salud, y temen de tal manera a la muerte, que no quieren que de ella se hable por temor a que venga; se entregarían voluntariamente al Diablo a cambio de tener una larga vida; no mencionan jamás el nombre de sus difuntos por temor a tener que pensar en la muerte, lo que les haría enfermar inmediatamente; así, ellos dicen el marido de tal o la mujer de cual está muerta.

Hay allí ciertos árboles con cuya savia no osan tocarse el cuerpo o el mentón, dicen que ello les haría crecer la barba y envejecer antes de tiempo.

No tienen enfermedad alguna que no crean es un hechizo, y simplemente por un dolor de cabeza, o un mal de vientre, si pueden atrapar a éste de quien sospechan, lo matan o lo hacen matar; este por lo común es una mujer, pues no osan atacar tan libremente a un hombre. Antes de hacerla morir, practican extrañas crueldades sobre esta pobre infeliz; los parientes y amigos de aquél van a capturarla y le hacen cavar la tierra en distintos lugares, y la maltratan hasta que haya encontrado lo que ellos creen que ha escondido; y, frecuentemente, esta mujer, para librarse de sus verdugos, confiesa lo que no es, reuniendo varios trozos de conchas, *burgós*, *lembes*, *erabes* o algunos restos de pescado. El *burgós* es una especie de concha muy común en las Antillas y en la tierra firme, que se las encuentra a la orilla del mar. Los *lembes* son esas grandes conchas que se ven en París colocadas sobre los estantes de algunos farmacéuticos. Estos *lembes* los usan de dos maneras, a saber, como trompas, por medio de las cuales se hacen oír, frecuentemente, a una gran legua, e incluso más lejos. Tienen dos tonos, con los que hacen oír sus necesidades: el resultado de sus empresas guerreras, o de caza, o de pesca, y de acuerdo al mensaje, sus mujeres, una hora o dos antes de que ellos lleguen, preparan la caldera, o el ahumadero, o aquello que sea necesario, si es que están heridos. Vamos a terminar de decir el uso de los *lembes*, aunque nos enfrasquemos en una digresión un poco larga. Es bueno saber que la paciencia fabulosa de Crisálida no se acerca a la de ellos en la fabricación de ciertos collares con los que se adornan en sus fiestas y días de ceremonias. Ellos los llaman *clibat* y los salvajes del Canadá, *porcelana*. Están hechos de pequeñas piezas de estos *lembes* que liman, frotándolas sobre guijarros hasta que se hacen redondas, y con un tamaño de dos líneas de diámetro y media línea de espesor, en un collar de razonable tamaño; como se dan con ellos varias vueltas en el pecho, hay entre tres o cuatro mil de estas piezas en cada collar, y no sabrían hacer una perfecta, y agujerearla con las herramientas que ellos utilizan, en menos de tres días; es verdad que en aquel gran número no se encontrará entre ellas una desigualdad del espesor de un cabello.

Ellos hacen también este tipo de collares con piezas de nudos de palmeras negras, que cuando están pulidos, brillan como el jade; las piezas en éstos son un poco más alargadas y tienen menos diámetro, y son dentadas en el filo. Cuando las mujeres capturadas por hechi-

ceras recogen los fragmentos de los burgós, de los lembes o de los erabes, aquellos dicen que eso es el resto de lo que ellos han comido, que esta pretendida hechicera había enterrado. Después de lo cual le desgarran el cuerpo con los dientes de aguti, y la dejan toda ensangrentada. A continuación, la cuelgan por los pies, la embadurnan con piman, que es una especie de pimienta natural muy fuerte, frotándole con ella también en los ojos, y la dejan varios días sin comer; al final, uno de estos verdugos viene medio ebrio y le abre la cabeza de un bastonazo o mazazo, y la arrojan al mar. Yo sé esto, por haber salvado a dos, de sus manos.

Invocan al Cemí a quien consideran, como se ha dicho, su buen espíritu; es decir que consultan al Diablo por intermedio de sus magos o médicos Piayé o Boyé, quien los engaña con estos nombres. Hacen aquella perniciosa ceremonia en diversas ocasiones. En primer lugar, en sus enfermedades, para saber si recobrarán la salud; para saber donde están aquellos que se encuentran perdidos en el mar a causa del mal tiempo; para saber el resultado de sus guerras y para conocer el nombre de este o esta que los ha hechizado, a los que matan como acabo de decir; esto, frecuentemente, es un pretexto para deshacerse de sus enemigos. Cada Boyé tiene su Cemí particular, o mejor demonio familiar, y se gobiernan por los funestos consejos de estos detectables Oráculos, a los que también le dan el nombre de *Eochiri*.

Para saber el resultado de sus enfermedades hacen venir a un Piayé por la noche, el cual inmediatamente manda apagar todo fuego en el bohío y hace salir a las personas sospechosas; después se retira a un rincón a donde hace venir al enfermo y después de haber fumado un cabo de tabaco, lo tritura en sus manos y lo sopla al aire, sacudiéndose y haciendo chascar sus dedos. Dicen ellos que el Cemí jamás falta de venir al olor de este incienso y perfume administrado por este Boyé, quien sin duda hace pacto con el Diablo; y al consultársele entonces responde con una voz clara como si viniera de lejos todo aquello que se le ha preguntado. Después se acerca al enfermo, y toca, presiona y soba varias veces la parte afligida, soplando siempre encima, y extrayendo algunas veces, o haciendo el fingimiento de sacar algunas espinas o pequeños trozos de mandioca, de madera, huesos o raspaduras de pescado que este diablo le pone en la mano al enfermo persuadiéndolo de que es esto lo que le causa el dolor. A continuación chupa esta parte doliente y sale constantemente del bohío para vomitar aquello que él dice es el veneno; así el pobre enfermo sana más imaginadamente que en realidad. Es de señalarse

que él no cura las fiebres, ni las heridas como de flecha, ni los bastonazos y cuchilladas; y no hay que decir palabra en esta asamblea diabólica; no hay que hacer ningún ruido, incluyendo los del trasero, pues de otra manera el Cemí huiría. Yo me había figurado, al haberles sorprendido una vez, que el Boyé mismo era quien fingía la voz, y no rozaba apenas los pies con el suelo para hacer creer a los otros que iba a lo alto a buscar al Cemí. Uno de estos Boyés me ha confesado que él verdaderamente no se movía del bohío, pero que sí era el Diablo quien respondía. Me asombro no obstante, cómo los caribes pueden creer que el Piayé o Boyé va a lo alto y que no retorna más que después que este Cemí se ha marchado; ciertamente que el Diablo tiene que engañar al enfermo y al médico.

Al Cemí y al Piayé, como pago por haberlos llamado, les ofrecen en sus bohíos, sin ninguna ceremonia, el iucu y algunos casabes sobre un *matutu*. El *matutu* es una pequeña mesa de aramo o de mimbre, de un pie o dos de lado, y medio pie de alto, y en ella dejan lo dicho toda la noche; y cuando a la mañana siguiente encuentran lo mismo que ellos han puesto, se convencen de que el Cemí está en reposo, ya que no ha sido más que el espíritu quien ha comido y bebido; por otro lado, si ellos le ofrecen un machete o un hacha, el Piayé se adueña de la misma y les hace creer que el Cemí ha dispuesto de ella para su espíritu y su corazón. Ellos reverencian tanto estas ofrendas paganas a las que llaman *alakri*, que no son más que los viejos y los más considerados de entre ellos quienes las practican. Algunas veces me han pedido beber de aquel *uicu*, y yo le he hecho para desenmascarar las supersticiones necias de este sacrificio, una de las cuales consiste en beber de este uicu en ayunas, y como de esta manera uno se debilitaría, yo, adrede, comía primero antes de beberlo; la otra es tener cuidado de que la taza o cuyo esté derecha, y no derramarla, ya que si no se le doblaría a uno el cuello y los ojos le llorarían sin cesar; yo la derramaba y ponía el cuyo vuelto boca abajo.

Si la enfermedad cesa y recobran la salud hacen un festín a Mapoia, al cual el Piayé no falta jamás. Al final de este banquete pintan al convaleciente con los frutos de la quenepa y lo ponen tan bello como al Diablo.

Ellos también ofrecen a los Cemís las primicias de sus huertos, y ello sin ceremonia alguna y sin decir palabra. Cuando tienen un gran vin (asamblea) que es una bacanal, colocan siempre aparte un canary, una vasija de barro, o algunas calabazas para el Cemí.

Ellos toman por espíritu una cosa que de ello no tiene nada; creen que los murciélagos, a los que ellos llaman *bulliri*, que vuelan por la noche alrededor de sus casas son los Cemís que los protegen, y quien los mate se pondrá enfermo. Tienen tantas formas de *bule—bonum*, que quiere decir malos presagios, que no me puedo decidir a informar aquí de todos sus ensueños y simplezas.

Para hacer un Piaye o un Boyé, los viejos Boyés educan al aprendiz desde su juventud de esta detestable manera. Le hacen ayunar cinco meses a pan y agua en un pequeño bohío donde no ve a nadie; le rasgan la piel con los dientes del aguti y le hacen tragar varias veces el jugo del tabaco lo que les hace vomitar las tripas y las asaduras, hasta que se desvanecen, y entonces dicen que su espíritu ha ido a lo alto a hablar con los Cemís. Les frotan también el cuerpo con goma y lo cubren de plumas para darle la facultad de volar, e ir al bohío del Cemí, si se presenta algún motivo, es decir, algún enfermo. Ellos le enseñan cómo es que hay que hacer la operación de tocar, chupar y soplar al paciente y la manera de cómo hacer venir y hablar al Cemí.

Después de todo, lo que es digno de compasión, es ver la profunda ceguera en que estas pobres gentes viven; ellos no dan gran importancia al Cemí, y tampoco le temen, porque él es bueno y no les hace ningún mal; pero temen extraordinariamente a Mapoia que les hace mal, y creo que es para aplacarlo, que algunos de ellos llevan su horrorosa y espantosa figura al cuello, y la pintan también, o la tallan en relieve, al frente de sus piraguas. Ellos me han dicho que éste era para atemorizar a los aluages, sus enemigos, cuando van a la guerra, ya que aquéllos al ver esta fea máscara con la boca abierta, temen ser devorados por ella y se espantan de tal manera que no pueden ni remar, y así ellos los atrapan fácilmente. Aluages es el nombre de una nación situada en las riberas del río Orinoco, enemigos perpetuos de los caribes y de los galibis.

Tienen frecuentemente sueños horribles y terribles en donde se imaginan ver al diablo. Yo les he oído algunas veces por la noche, a dos de ellos, quejarse, gritar y despetarse sobresaltados, llenos de espanto, y me dijeron que el diablo les había querido golpear. Ellos gritaban aunque ya estaban muy despiertos, y hacían ruido para espantarlo. Su humor melancólico contribuye mucho a todas estas suertes de visiones.

Algunas veces meten en una calabaza los cabellos o algún hueso de sus familiares difuntos, la que guardan en su carbet, y de la que se

sirven para alguna hechicería, y dicen que el espíritu del muerto habla allí dentro y les advierte de los designios de sus enemigos.

Creen tener varias almas. La primera en el corazón, que ellos llaman *Yuanni* o *Lanichi*; la segunda en la cabeza, y las otras por todas las coyunturas del cuerpo y allí donde hay latidos de las arterias; sólo la primera es la que va a lo alto después de la muerte y toma un nuevo y bello cuerpo joven. Las restantes viven en la tierra convertidas en bestias o en Mapoia. Todas estas suertes de espíritus son de diferentes sexos y se reproducen.

De su naturaleza, de su simplicidad o estupidez

Los caribes son de un temperamento triste, soñador y melancólico; pasan a veces una jornada entera en un lugar con los ojos en tierra sin decir palabra. La pesca, la holgazanería y el aire contribuyen mucho a este humor y ellos reconociendo que esto perjudica a su salud dominan su inclinación, manifestándose como alocados, sobre todo cuando están un poco bebidos. Son en extremo burlones y se burlan no solamente entre ellos sino también de los extranjeros, no obstante, sin ingenio, pero creen tenerlo más que otra nación y ser los mejor hechos, aunque, yo creo, son los más estúpidos y los más brutales que hay en el mundo. Se burlan de nosotros cuando nos ven pasear y hablar juntos sin avanzar un paso. Se ofenden cuando se les llama salvajes y cuando se les dice que no tienen espíritu y que viven como bestias, responden que nosotros para ellos lo somos aún más, porque no vivimos a su modo; y que ellos tienen su ciencia y nosotros la nuestra. ¡Como si hubiese dos maneras de saber las cosas!

Cuando se quieren hacer compadres nuestros, el primer cumplimiento es el de preguntarnos nuestro nombre; después ellos dicen el suyo, y como testimonio de afecto y amistad quieren que de ellos hagamos cambio, y para intimar más aún, que intercambiamos pequeños regalos. No se les debe dejar ir jamás cuando nos vienen a visitar sin darle alguna cosa; ellos saben hacerse pagar bien por sus visitas, y exigen el mismo pago a aquellos que quieren hacerlos cristianos, por la molestia que se toman en escucharlos.

Estiman y aman más su país desértico y horroroso que cualquiera otro; nosotros lo hemos visto por experiencia en algunos que han sido llevados a Francia, y quienes no han querido jamás vivir en ella. Si no tienen curiosidad por las cosas distantes la tienen, y mucha, por estas que ven; si se abre un cofre, quieren ver todo lo que hay dentro,

de otro modo se enfadan. Son muy inoportunos y piden siempre lo que ven sin ninguna consideración. Los considero desagradecidos, porque si se comienza una vez a hacerles bien y lo descontinuáis, olvidan todo lo pasado; y lo que es peor, si le rehusáis la menor cosa os quieren mal.

Ellos se conservan mejor que nosotros, los viejos mismos no se arrugan nada y viven más largos tiempo, contra la opinión de algunos que creen que se vive menos en los países cálidos. La razón es, creo yo, que comen poco y seguido, y no tienen ninguna preocupación, y están sin ambición, sin malhumor y sin inquietud. Como no tienen ningún deseo de adquirir, no tienen provisiones, y van y buscan a medida que tienen hambre. No hay nada regulado entre ellos por la noche incluso se levantan a comer, y no piensan más que en el presente; si se quiere adquirir de ellos una cama de algodón (hamaca) hay que comprarla por la mañana, ya que no sueñan que la noche habrá de venir y que entonces tendrán necesidad de la misma.

Si negocian con alguno, suelen decidirse tan pronto les ha pasado la gana de lo que deseaban con ardor, y hay que devolverles por un tiempo lo que se ha intercambiado y tener paciencia; estiman más el vidrio y el cristal, que el oro y la plata; y si tienen la fantasía de tener un machete o un cuchillo, y no teniéndolo, vosotros les podéis ofrecer diez veces más de otras mercancías, preferirán el machete o el cuchillo; no tienen desconfianza alguna entre ellos, y cuando van de viaje dejan sus pequeños ajuares y sus bohíos abandonados.

Nosotros comemos los frutos y los caribes los beben, tanto les gusta a ellos el beber; dicen beber una calabaza, un melón, un jagüey; o beber mangós, jobos, anonas, mameyes, guanábanas, patatas, cocos, uvas, guayabas y mil otros tipos de frutos. Ellos beben también las cañas de azúcar; en fin beben más que comen, lo mismo en los frutos más secos, en donde no hay ningún líquido, como el courbal (la himenea); cuando comen, llevan el trozo a un lado de la boca y cuando beben, bajan la cabeza en lugar de levantarla; eructan, lanzan pedos y orinan comiendo sin ninguna vergüenza; se acuclillan como las mujeres para orinar y cubren la suciedad como los gatos, con los pies. Beben todos en un mismo cuy, también los fiebrosos y los pustulantes, que son como enfermos de viruelas; llaman a esta enfermedad *yea*. No se asombran de ver suciedad en sus comidas; no tienen nada bueno y apropiado más que el casabe, que es el pan del país hecho de raíces de mandioca, de la cual, el agua que se saca es

venenosa, blanca como la leche y de la misma consistencia. No tienen más que un tipo de salsa, el *tomaly*, su más importante condimento que está hecho de esta agua de mandioca hervida con la grasa de cangrejo y con piman, que es más fuerte que la pimienta de Oriente; no usan jamás la sal aunque tienen salinas. La creen nociva a la salud. Pero en lugar de sal, pimientan tan fuerte, que lo que se comen sólo ellos pueden degustarlo; no comen nada de carne, si no es la de algunos pájaros que arrojan al fuego sin sacarles las tripas, a los que después ahuman. No se toman tampoco el trabajo de destripar los peces para cocerlos; comen los huevos empollados. Los hombres comen en el gran carbet, y las mujeres en el bohío. Ellos se sientan sobre sus traseros, como los monos, alrededor del cuy y del plato. El cuy es la copa grande de la que ellos beben y que está hecha de una calabaza, que allí las hay de distintos tamaños; hay algunas que tienen tres pintas, y se la arrojan uno al otro en sus asambleas de perversión, hasta que se vacía.

Son extremadamente sucios; se comen las niguas y los piojos cuando éstos los muerden. Estas niguas son como pequeñas pulgas que se introducen entre cuero y carne, principalmente en los filos de las uñas, sea de los pies o de las manos. Al comer, cogen estas pequeñas bestias y se las tragan; como comen en el suelo sus cangrejos muchas veces están llenos de tierra y de arena, y eso no es todo. Tienen por servilletas las horcas del carbet o sus nalgas; lo que es más divertido es que los perros hacen frecuentemente su agosto y atrapan los mejores bocados.

Estos postes del carbet son piezas de madera horcajadas en lo alto y cuya base está clavada dos o tres pies en la tierra; están colocadas de seis en seis pies, o aproximadamente, para sostener la cubierta del carbet, que no es otra cosa que una especie de mercado cubierto por arriba, y abierto todo en derredor, el cual les sirve, de día, para recibir a los amigos y hacer orgías cuando viene al caso; allá se retiran desde que el sol sale para dejar a las mujeres en los bohíos donde ellas duermen y hacen todas las tareas de la casa. Es en el carbet que los hombres pasan jornadas enteras en sus camas de algodón (hamacas) colgadas, fumando, haciendo arcos, flechas, pequeños cestos con tapa, bastones o mazas, cuerdas de pita, sedales para pescar y otras cosas que son sus ocupaciones ordinarias.

Cuando comen no invitan a nadie, el más desconocido, si tiene hambre, se pone cerca de ellos, y bebe y come como si fuese de la casa, sin otra ceremonia. No hablan ni toman jamás en sus comidas,

pero en la sobremesa su conversación es comúnmente sobre la pesca, los viajes, la caza, el cuidado del huerto, la guerra, la pelea o sobre algún gran vin que se haya celebrado, en donde alguno habrá muerto, y si entre ellos se encuentra algún pariente de aquél, procura atraer a los otros a su bando para vengarse.

Son muy vengativos y guardarán un odio no solamente diez años, sino toda la vida, y no estarán contentos hasta que no hayan matado a sus enemigos; y lo más frecuentemente es por poca cosa: por flechas rotas, por un cuchillo, por anzuelos, por una palabra, por un golpe, por nada; solamente porque alguno les cae mal; algunas veces por tener a sus mujeres, que ellos toman en cantidad y sin distinción de parentesco, pues se unen indiferentemente como las bestias. Yo he visto allí quien tenía a sus hijas por esposas, a las que abandonan y matan cuando buenamente les parece, aunque él sea su padre. No hay pueblo más inclinado a la embriaguez, y cuando están ebrios es que se masacran y hacen la guerra; entre ellos nada hay tan vil como esto.

Son totalmente independientes, y ello es uno de los grandes obstáculos para su conversión; no obedecen ni a su padre, y el padre no manda a su hijo. No hay ninguna norma, ni civilidad entre ellos. Cada uno hace lo que bueno le parece. El capitán de una piragua jamás ordenará a sus marineros que remen. Ellos no hacen más que lo que les viene a la cabeza y según su capricho. No es deber del capitán el mandar; él tiene la obligación únicamente de sacar el agua que entra en la canoa con un cuy; si tiene un yerno éste le hará el trabajo.

Hasta el presente, siempre se ha considerado a estos brutos muy castos, pero yo puedo asegurar que son muy lujuriosos y lúbricos, incluso los niños pequeños; debido a que no se observaban entre ellos, no obstante su desnudez, besos, tocamientos y otras acciones deshonestas, se creyó que vivían en la inocencia, pero es que se ocultan para hacer el pecado, lo que muestra que Dios les ha dado bastante luz para discernir el bien del mal. Cuando están ebrios, los he visto realizar actos parecidos a los de los sátiros. Aun cuando tienen varias mujeres, no hay celos entre ellas. Cambian frecuentemente de carbet y viven tanto por acá, tanto por allá; tienen mujeres en varios lugares y también esto es un obstáculo y un impedimento para su conversión.

Nuestros caribes, tanto hombres como mujeres, tienen tanto horror a vestirse como nosotros lo tenemos a estar desnudos, y si algunos llevan vestidos, tienen la vanidad de querer las más bellas

telas, las más finas y las más blancas, de manera que ello no es tanto para cubrirse como para aparentar; los llevan con pesar y dicen que éstos les incomodan para el trabajo; no pueden sufrir el sudor dentro, ni sentirlos sobre la espalda cuando están mojados por la lluvia, porque si están desnudos, si sudan se bañan, y si están mojados, el sol los seca rápidamente.

De sus ocupaciones y trabajos, o más bien de su extrema holgazanería

El primer trabajo que ellos hacen al levantarse, que es ordinariamente antes de amanecer, es irse a bañar o lavar, arrojándose por encima del cuerpo varios cuys de agua dulce, ya que creen que el agua de mar les haría sentir mal y les saldrían forúnculos. A continuación sus mujeres descuelgan sus hamacas de dentro del bohío y las penden en el carbet que está próximo, donde ellas los peinan y los atavían, después de lo cual les llevan casabe fresco y el tomaly con un pequeño canary lleno de uicu caliente que es la bebida del Señor. Este tomaly es una salsa o de cangrejo o de vianda, o de pescado, con mucho piman que es una especie de pimienta muy fuerte.

El canary es una vasija de barro cocido, cuyo fondo termina en punta. Los hay allí de todos los tamaños y tienen uno hasta de medio tonel; los usan para poner en ellos sus bebidas. Media hora después ellas les ofrecen el casabe fresco, pues el seco les desconcharía los dientes y les haría secar el cuerpo, y a aquello le añaden algunos cangrejos o pescado, si lo tienen. Pasan los días haciendo unos pequeños cestos con tapa, que los salvajes llevan consigo en sus viajes y que les sirven para portar los pequeños utensilios de los que tienen más necesidad comúnmente, como su espejo, el hilo de algodón para acomodar sus flechas, un punzón, una navaja de afeitar; se les cuelgan al cuello al marchar.

Se ocupan allí también de arrancarse la barba con el dedo pulgar y la punta de un cuchillo, algunos en tocar la flauta sobre sus pequeños asientos, en sacarse las niguas, y otros en soñar en sus camas de algodón (hamacas), o en dormir; y esto último es la causa de que no puedan dormir por la noche y se la pasan a veces tocando la flauta una parte, o comiendo; tienen siempre fuego debajo cuando están acostados, y todas las tardes y mañanas se colocan en derredor para conversar.

Los hombres son tan tontos y tan ridículos que no quieren tocar, ni poner la mano en el trabajo de las mujeres, aunque lo puedan

hacer tan bien como ellas. Por ejemplo, morirían de hambre antes que hacer el casabe, hacer la marmita, el canary, plantar la mandioca, etc. Y como las mujeres tienen la obligación de ir a buscar y a cortar la madera para el fuego, veis a estos pobres tontos acompañarlas celosamente por temor a que otros las perviertan; y después que la mujer, quien algunas veces está para dar a luz, ha sudado y trabajado bastante con el hacha, estos verdugos que están sentados en el suelo, las mirarán y no las ayudarán ni a cargar ni a descargar su fardo, que es un montón de madera tan pesado que aquélla estará doblada bajo su peso. Si sus mujeres no les han preparado de comer a la hora que ellos tienen hambre, se van a comer con los primeros que llegan; de igual manera, van a pintarse y peinarse, si no tienen a sus mujeres para ataviarlos; ellos esperan que otras les hagan este buen favor; a las mujeres les toca plantar la mandioca, que ellas llaman *kaim* y los hombres *kucre*, escardar y limpiar el huerto, y mientras tanto estos pobres bobos están sentados cuidando a los niños, y la mujer trabajando.

Si alguno ha hecho sus necesidades en su huerto lo abandonan y tienen gran dificultad en comer la mandioca del mismo, diciendo que la tierra se infectó y aquello pasó a lo que está plantado en ella; como tienen la costumbre de establecer al borde del mar, desearían que los franceses, quienes a veces están a dos o tres mil pasos de ellos, fuesen también a hacer sus necesidades sobre la arena.

Después de que han hecho una o dos recolecciones en un huerto, lo dejan y hacen uno en otro lado; es por esto que no hacen más que talar árboles y de ellos no cortan y queman más que las ramas menores, dejando las más gruesas y el cuerpo del árbol sobre la tierra en donde ha caído, y el tronco y las raíces se quedan donde la naturaleza las hizo brotar, de suerte que cuando esta gran tarea está terminada, las mujeres, rápidamente, plantan la mandioca, las patatas, los ñames, las piñas, las bananas, allí donde puedan encontrar un lugar en toda esta roturación, a menos que tengan necesidad de una canoa y que entre esos árboles se encuentre alguno apropiado para ello, lo que es una odisea, pues de tres canoas que empiezan, siempre hay dos que se pudren o estropean antes de que estén acabadas; digo si tienen necesidad de ella, por lo perezosos que son. Y aun cuando no hacen su huerto muy grande, sin embargo, se echan tanto tiempo en él, que el lugar por donde empezaron estará estropeado antes de que acaben el otro extremo. Pasa igual con sus casas y con todas las otras tareas; la techumbre de un lado está podrida y gastada cuando el otro no está cubierto todavía. Los viejos hacen siempre las tareas más difíci-

les; son ellos los que abaten los árboles más gruesos; cuando meten mano a la obra, parece que se divierten, que juegan; no trabajan más que una hora o dos al día, y jamás dos días seguidos. Son en extremo holgazanes; los que intentan convertirlos no tienen mucho trabajo en hacerles observar el mandamiento de la Ley de Dios que prohíbe trabajar en domingo; ellos preguntan todos los días cuándo viene ese día; no vuelven de ningún trabajo que no se laven rápidamente, y no se hagan peinar.

Las mujeres son menos ociosas que los hombres; ellas son como sus esclavas; son éstas quienes plantan la mandioca, no con azadas como nosotros, sino con grandes bastones puntiagudos; ellas escardan y limpian el huerto, hacen el pan, y preparan las viandas; cuidan del algodón, lo hilan, no con ruecas y tornos, sino sobre la pierna con un huso; hacen las hamacas, buscan la leña para el fuego, hacen el aceite de *palmita* y el de *calaba*; hacen el *rucu* y peinan y atavían a los hombres; acomodan los cuys y las calabazas, hacen el iucu, los canarys, las platinas y las marmitas. Omitía que además de las ocupaciones ordinarias de los hombres, de las que hemos hablado, ellos abaten los árboles para hacer la roturación que necesitan para sus huertos, y hacen totalmente los bohíos, los carbets y las canoas, con excepción de las velas que las hacen las mujeres, así como las hamacas o camas de algodón; tanto unas como las otras están tejidas con la misma habilidad. A propósito de lo cual, diré aquí que ellas trabajan las camas (hamacas) sobre una especie de bastidor, apoyado de arriba abajo en las horcas del bohío; la urdimbre va a parar a un rollo hecho abajo del bastidor, el que voltean a medida que la trama se urde, y cuando la cama está acabada, la tienden sobre el bastidor para pintarla, si ésta es para sus usos, pues si es para los europeos, la dejan blanca. Esta pintura es comúnmente una especie de rayado donde la justeza es observada con tanta exactitud y proporción, como si para ellos se sirviesen de compás y regla. Ellas dejan a los dos extremos del tejido, unos hilos sueltos, no cortados, aproximadamente de un pie de largo, en forma de franja, y los atan con los dos extremos de una pequeña cuerda de pita lo que las alarga en más de un pie por cada lado; y por los dobleces de estas pequeñas cuerdas pasan una otra de la misma materia, de una pulgada de gruesa y de tres o cuatro toesas de largo que sirve para suspender la cama de lado y lado, cuando de ello tienen necesidad. Las mujeres son tan descuidadas como los hombres en todo lo que ellas emprenden, como cuando hacen el iucu, que es su bebida ordinaria hecha de casabes o de patatas hervidas, que son raíces que machacan en un mortero de madera, y que ellas mastican para darle la fuerza de quemar y embriagar. A veces las

viejas dormilonas mascan tanto, que vomitan y babean en el mortero, y en la vasija que llaman canary, que tiene más de un barril de capacidad, en los que hacen y conservan este vino; si sucede que las mujeres, al estar masticando las patatas, cogen alguna nigua o pulga, la mastican todo junto sin dificultad y sin tener mayor cuidado. A falta de este brebaje hacen otros de coles caribes, de piña, de bananas y de otras frutas; todas sus bebidas son tan espesas que hay en ellas para beber y comer.

Hacen frecuentemente asambleas para beber este uicu; estas son sus grandes bacanales u orgías. Ellos invitan a dos o tres carbets, o familias, y si ellos son cincuenta caribes, hacen diez o doce barriles de vino que beben en un día y una noche sin comer; sin embargo, pierden mucho de él vomitando y babeando la mitad, y como se arrojan el canary siempre hay alguno que se rompe. Se les puede llamar a estas asambleas bacanales, y de ellas salen ebrios como brutos, hombres, mujeres y niños; y lo que es peor, siempre hay alguno que paga por los otros, es decir, que es matado o herido.

Cuando las mujeres hacen las hamacas, que son de hilo de algodón, ponen en los dos extremos de la obra un montón de ceniza, diciendo que aquélla no duraría largo tiempo si no hiciesen esa ceremonia. Si han comido higos cuando tienen una hamaca nueva, creen que eso la hará pudrirse. Tienen buen cuidado de comer de cierto pescado que tiene buenos dientes, ya que esto hará que la hamaca quede bien tejida. Estas camas son de ocho o diez pies de ancho y de cuatro o cinco de largo, que cuelgan en dos horcas del bohío un poco elevadas de la tierra por temor a las serpientes; se enrolan en ellas como si fuera un covertedor a causa de los marigons, que son pequeñas moscas muy inoportunas y que pican muy sensiblemente. Ellas pintan las hamacas con rucu diluido en aceite, y hacen varias rayas y figuras tan diferentes que casi no se encuentran dos parecidas.

El aceite de *calaba* está hecho de granos de palmita y les sirve de ungüento y para frotar sus cabellos.

El *rucu* es una pintura roja con la que se frotan el cuerpo; está hecha con el aceite de unos pequeños granos que crecen en arbustos parecidos al algodónero; estos granos se encuentran en una cáscara, de forma casi como la de la almendra verde, la cual se abre por ella misma cuando los granos están maduros y han llegado a su madurez. Los cuys son la mitad de una calabaza que utilizan como vasijas; sus rayadores están hechos con una pequeña tabla que forran con pequeños guijarros cortantes para raspar la mandioca. La *culebra* (el cola-

dor) es una invención muy ingeniosa para exprimir la mandioca cuando está hecha harina, y limpiarla de raeduras y raspaduras y hacerle salir el agua. Está hecha de aramo, un tipo de junco o rama flexible bien pulido. Cuando han llenado este instrumento de harina, enganchan el extremo de arriba en un bastón atado a una de las horcas del bohío y en el de abajo ponen otro bastón en el que se sientan, lo que hace que la culebra se estire y al mismo tiempo exprima lo que hay dentro. Creo que nosotros los franceses lo hemos llamado culebra porque tiene la forma de una gran piel de serpiente. Los *hibichets* son del mismo tejido; éstos son tamices o sacos para cerner la harina. Tienen también otros para colar la harina y el uicu que son algo más delicados. Las platinas están hechas de barro cocido con un dedo de espesor, redondas y de un pie y medio de diámetro; las colocan sobre tres piedras o guijarros bastante grandes como para que sirvan de trípode, y hacen fuego debajo; y cuando la platina está bastante caliente, esparcen la harina de mandioca hasta una cantidad como de un dedo de espesor, y sin agua ni otra mezcla, al cocerse todas las pequeñas partes de la harina se unen; y así, esta llamada harina de mandioca se convierte en lo que ellos llaman casabe, dándosele la vuelta cuando está suficientemente cocida de un lado, para acabar de cocerla por el otro.

El *catoly* es una especie de cuenco que no utilizan más que las mujeres; no es la mitad de grande que estos de Francia. Ellas lo portan a la manera de los vidrieros, llevando la correa sobre la cabeza, siendo aquélla de una corteza de árbol fuerte y dulce al que llaman maho, y al cuenco *maroma*. Yo he hablado ya de los matutus o pequeñas mesas.

Los hombres hacen los rayadores, los tamices, los matutus, los paniers (cestos con tapa), los catolys, y las culebras y otros pequeños trabajos de aramo; hacen los arcos, las flechas, las mazas o bastones, las cuerdas de pita para pescar que tuercen sobre la pierna. Hacen esas cuerdas de ciertos hilillos, más finos que la seda, que extraen y arrancan de las largas hojas de una planta parecida a la alcachofa. Hacen las casas y las canoas; van a la pesca. En otro tiempo no tenían más que anzuelos de carey que es a lo que en Francia se les llama escamas de tortuga. Sus bohíos están cubiertos con hojas o ramas de palma hasta el suelo.

Sus piraguas para ir a la guerra o de viaje, son de un árbol que excababan con fuego y con sus hachas de piedra, antes de que usasen las nuestras; largas como de treinta y cinco o cuarenta pies, y de

cinco o seis pies de anchas, capaces de llevar a treinta o cuarenta personas. Tienen también otras pequeñas canoas para la pesca. Cuando van abocando los árboles con el fuego colocan barras transversales como refuerzo. Si una mujer la ha tocado solamente con el extremo de un dedo, creerán que la piragua se rajará; y cuando la colocan en la mar por primera vez, si alguno haciendo un esfuerzo, lanza algún viento posterior, creerán que es esto un mal presagio y que sin duda la piragua se hundirá.

De sus guerras, viajes y ornamentos

No van jamás a la guerra más que después de haber hecho grandes vins y en ellos es que tienen su consejo, y resuelven y concluyen todos los asuntos de estado. Todas sus guerras no consisten más que en hacer correrías sobre el enemigo; jamás la hacen al descubierto, sino a lo zorro, ocultándose en los bosques y procurando dar la sorpresa. Tan pronto como han matado a alguno, o quemado alguna casa, se retiran prontamente; si son descubiertos, o si oyen tan siquiera a un perro ladrar, se cuidan mucho de llevar a cabo su empresa, volviéndose sin hacer nada; cargan con sus muertos, y es en esta ocasión que pierden más gente. Tener carbet, hacer un vin y tener consejo son para ellos equivalentes, ya que jamás hacen una cosa sin las otras.

Si sirven de tumbas a sus enemigos es más bien por rabia que por algún gusto que en ello encuentren; los más valientes ahuman aquéllos, los parten en pedazos y los comen, guardando en sus cestos normalmente un pie o una mano bien seca y ahumada. Un salvaje de San Vicente me mostró un pie de un aluage que él tenía en su cesto. Ellos no comen más que a los aluages salvajes de tierra firme hacia las riveras del Orinoco. Dicen que los cristianos le hacen mal al vientre, no obstante se han comido, más de un año después, el corazón de algún inglés. Entre ellos hay de esta nación quienes fueron raptados cuando eran jóvenes y a los que tienen tan acostumbrados a sus maneras que éstos no querrían actualmente regresar con los ingleses.

Hay cantidad de negros que viven como ellos, particularmente en San Vicente donde hay muchos. Ellos se han multiplicado tanto que son en el presente tantos como aquéllos. Algunos son fugitivos cimarrones que han sido tomados en guerra; éstos allí son esclavos de los caribes a los que llaman tamons; pero la mayor parte proceden de navíos flamencos o españoles que han encallado próximos a sus islas.

Ellos tienen por armas el arco y la flecha, el bastón y en el presente, el cuchillo. El bastón es un tipo de maza de madera verde, o de brasil duro, macizo, pesado, de dos o tres pies de largo y tres dedos de ancho, y hacia el extremo liso como la mano, grueso como una pulgada y grabado a su manera.

Ellos llenan estos grabados con una pintura blanca, y de un solo golpe matan a un hombre. Hacen un montón de flechas que tienen el largo de una mano; las hacen de un canuto que crece en lo alto de ciertas cañas, grueso como el dedo meñique, y de cuatro a cinco pies de largo, pulido y sin ningún nudo, amarillo y ligero como una pluma. En el extremo grueso de este canuto engastan, en lugar de hierro, un trozo de madera verde de medio pie de largo y en ella hacen, con un cuchillo, cantidad de dardillos o pequeños arpones, con el fin de que no se puedan sacar. Envenenan el extremo de estas flechas con el licor de un árbol que se llama manzanillero, y su fruto manzanilla, nombre que los españoles le han dado porque dicho fruto se parece a las manzanas. Al comienzo del descubrimiento de las Indias muchos europeos se han envenenado por haberlas comido. Ellos hacen en aquél una incisión en la corteza, y el jugo que sale blanco como la leche es un veneno más peligroso que el de las serpientes. Ponen también en algunas de sus flechas ciertas raspas como el dedo que encuentran en la cola de un tipo de raya que es aquí bastante común. Esta raspa tiene veneno y es tan peligroso como el otro. Sus arcos son también de brasil y de palmita. No hacen viaje alguno sin que se adornen con sus más bellas *cacónnes* (ropas y adornos); se peinan y se atavían y se embijan antes de que hayan llegado a cualquier carbet. El Jefe del carbet pende prontamente las hamacas de los principales; las mujeres traen de beber y de comer; y tan pronto como les ha presentado a sus hombres y los ha llevado ante el capitán de la piragua, los marineros, sin esperar más a que les digan que tomen, arramblan con todo, de suerte, que si aquél no tiene a quién más presentarle, y el hambre le aprieta, se verá obligado a dejar su aire de gravedad y ponerse a comer con los otros. Después él se vuelve a su lugar, y los marineros devuelven los cuys y el matutu delante de él, indica que está satisfecho, y llama a los que le han sido presentados para que se lleven todo y levanten la mesa. Sus anfitriones no comen con ellos en esta ceremonia, y tampoco sus mujeres, pero después, comen desordenadamente; cuando tienen la panza llena dicen *mabuy*, es decir, dan los buenos días a cada uno, uno después del otro, añadiendo *huichan*, lo que quiere decir adiós. Cuando están en el mar, soplan una gran caracola que se llama *Dambis* para hacer oír a sus vecinos que son amigos y continúan el viaje, llevando sus camas a

todos lados.

Si un solo caribe llega a un carbet, se le recibirá de igual forma, y si el casabe que se le ofrece sobre el matutu está doblado, es esto una señal de que debe dejar el resto, y si lo encuentra extendido, quiere decir que se lo puede llevar; no obstante antes de partir una mujer viene a pintarlo, peinarlo y ataviarlo.

Cuando están en el mar y hacen alguna travesía para ir a una otra isla, como a Santa Alosia o a San Vicente, o a tierra firme, no comen cangrejos, ni lagartos, porque éstos son animales que viven siempre en los agujeros y ello les impediría, dicen ellos, ganar la otra orilla. No beben nada de agua pura y se dan buen cuidado de no verterla en la canoa o en el mar, ya que eso le haría inflarse al mar y traería lluvia y mal tiempo. Ellos beben un salpicón y *Maby*, que ellos revuelven con una mano como de mortero. Después que lo han exprimido dejan los restos en un cuy, lo que comen aparte como cosa delicada. Cuando se aproximan a alguna tierra, es necesario que no la nombren ni la señalen con el dedo, sino con la boca haciendo una mueca y diciendo: *Lyca*, allá está, ya que de otra manera no la podrían alcanzar jamás. Hay ciertos lugares en el mar donde, al pasar, no faltan jamás de arrojar comida. Esta, dicen ellos, es para algunos caribes que han perecido allá en otro tiempo, los cuales tienen sus casas en el fondo del mar; si no lo hiciesen no podrían pasar adelante, o la canoa se volcaría. Cuando ven alguna nube casi a punto de reventar, soplan todos al aire, y la ahuyentan con la mano para que lleve la lluvia a otro lado; para poner la mar en calma y aplacar una tempestad, mastican casabe y lo escupen contra el cielo y en el mar para contentar al Cemí, quien quizás está enojado porque tiene hambre. Si ellos no tienen buen viento, un viejo del grupo toma una flecha y sacude la popa de la piragua, la que por ello después avanza como una saeta; si algún golpe de viento les hace perder tierra, o una tempestad les sorprende, convocan al Cemí, es decir, consultan al Diablo; cuando el fuego les falta, lo hacen con dos pequeños trozos de madera seca, apoyando un extremo de uno sobre el otro, y girándolo con las manos a velocidad.

Los caribes tienen el cuerpo verdaderamente bien hecho y proporcionado; de mediana talla, anchos de espalda y de caderas; casi todos de bastante buena proporción y robustos; se encuentran entre ellos muy pocos deformes y contrahechos; la mayor parte, con la cara redonda y lisa; la boca medianamente rajada, los dientes perfectamente blancos y apretados y la tintura naturalmente morena u

olivácea. Este color se extiende incluso sobre los ojos que los tienen pequeños, negros y vivos; sin embargo tienen la nariz y la frente aplastadas por artificio, pues sus madres se la presionan desde el nacimiento, y continuamente, durante todo el tiempo en que los amamantan, imaginándose que en ello hay belleza. Tienen los pies anchos y grandes; muy endurecidos porque van con los pies desnudos; los cabellos extremadamente negros y largos que se hacen peinar y aceitar continuamente; se los cortan sobre la frente en forma de garceta, dejándose dos pequeños mechones a los dos lados de los temporales; todo el resto lo tiran para atrás y los juntan muy propiamente con largos cordones de algodón, al extremo de los cuales llevan pequeños penachos, o bolitas de cristal u otras bagatelas; rodean este lío de cabellos con algodón bien trabajado y allí clavan plumas de papagayo y en lo alto una grande, roja, de la cola del Anás. No llevan barba, y se la arrancan pelo a pelo, como yo he dicho, con la punta de un cuchillo, y antes de que usasen nuestras navajas, se servían de una hierba cortante y afilada.

Cambian su color natural con una sustancia roja diluida en aceite, que aplican sobre el cuerpo y llaman a esto embijarse; los viejos se hacen pintar solamente los cuatro dedos y el pulgar, y el cuerpo hasta los pies; la gente joven buscan un poco más de porte y se pintorean la cara y se hacen bigotes a lo español, y rayas y dibujos abigarrados sobre las mejillas y desde la frente hasta las orejas, frotándose con el rucu también el alrededor de la boca y el extremo de la nariz; vosotros diréis que éste parecerá una hormiga de cerdo desollada; se ponen un ojo negro y el otro rojo, y estiman con ello estar más bellos y galanos; otros en lugar de rucu se embadurnan todo de quenepa, de suerte que parecen diablos.

Tienen todos las orejas y el tabique de la nariz perforados así como el labio de abajo en el lugar donde en otro tiempo se acostumbraba a llevar un pequeño bosquecillo de barba; aquello se le hace sólo cuando están en la edad de mamar; la madre, quince días después de haber parido, invita a una mujer que sabe algo de esto para que le haga esta operación a su hijo. Tan pronto como le ha horadado con una espina de palmita, le pasa por allí un pequeño hilo de algodón; si es una niña ella le pone nombre; si es un varón, es un hombre quien le pone el nombre, o de un árbol, o de una isla, o de un pez, o de un pájaro o de cualquiera otra cosa; yo he visto allí nombrar a uno Tornillo porque era muy pequeño cuando nació. Ellos no llevan el nombre del padre, cada uno tiene su nombre particular.

Se cuelgan en las orejas pequeños *caracolis* y en el labio un largo hilo de algodón hasta la cintura; se ponen en la nariz una pequeña anilla de plata o de estaño; llevan en su cuello caracoles grandes como la mano, engastado en madera y un gran paquete de abalorios, que son pequeñas cuentas negras, blancas y de todos los colores; estos *caracolis* son unas pequeñas piezas de metal en forma de media luna, delgadas como papel y brillantes como de cobre bien pulido, o mejor como el oro, que no se corroen ni empañan jamás; ellos los tomaron de los españoles, y dan algunas veces un negro por tener uno; los estiman más que ningún otro de sus ornamentos. Ellos llevan, en forma de banda, una gran retaña de dientes de toda suerte de animales y de uñas de tigre. Se colocan los brazaletes arriba del codo y las ligas en los tobillos. También llevan en la espalda las alas de un pájaro secadas y ahumadas, o bien una docena de patas de dichos pájaros, apiñadas y atadas sobre un trozo de piel de tigre. Hay allí viejos que llevan en su cuello pequeños huesos de aluages, sus enemigos, a quienes comen, y de los cuales hacen silbatos. La primera vez que yo vi a los caribes cargar con todo este bagaje, pensé en nuestros mulos de carga.

El atavío de las mujeres es parecido al de los hombres; cuando no se guarnecen con plumas, frotan sus cabellos con aceite y los atan también con un lío de algodón, al extremo del cual ponen varias conchas y cuentas al igual que en sus cinturones hechos con abalorios, de donde cuelgan una cincuentena de cascabeles que hacen gran ruido cuando marchan y danzan; llevan también collares, pero de grandes cuentas de cristal y de piedras verdes que vienen de tierra firme, hacia el Río Amazonas, y que tienen la virtud de curar las grandes enfermedades; es ésta una preciosa joya, y no se la ponen más que en las fiestas de asambleas y en las visitas; ellas llevan una especie de medias calzas o borceguies de hilo de algodón que pintan de rojo; una va desde el tobillo del pie hasta la pantorrilla y otra, de cuatro dedos de ancho, desde la pantorrilla hasta la rodilla; éstas les presionan de tal manera, que la parte sujeta no les engorda, y les pone la pantorrilla rolliza y redonda como una bola entre las calzas, a las que la pierna sirve de molde, y las que no se quitan jamás; también llevan una especie de rodil de la misma confección, ancho como un plato, que le desgarran un poco las piernas al andar; esta obra está tejida muy propiamente sobre la pierna misma y sin costura.

Ellas se embijan el cuerpo y también se lo ennegrecen, y se hacen desde arriba de la frente una especie de banda que acaba en la punta de la nariz; de suerte que parece que tienen velos como las viudas; y

alrededor de los ojos se hacen unos pequeños puntos negros que les levanta y realza el brillo de los mismos y los hace parecer más brillantes. Me recuerdan a estas damas de Francia con lunares postizos; tienen también gran cuidado de arreglarse las cejas; les da placer adornar a sus hijos de este color, con unos pequeños pinceles de sus cabellos, los que son un poco fuertes. Les toma un día hacer este atavío, que no dura más que nueve días.

De la educación del nacimiento y del matrimonio de sus hijos

Las mujeres dan a luz con poco dolor, y si sienten alguna pena o dificultad saben aliviarse con la raíz de una planta de la que exprimen y beben el jugo, pariendo así por este medio; paren cerca del fuego, y no ha hecho más que venir el niño al mundo, que se le lleva a lavar; tienen una ridícula precaución, y es que si el niño nace en la noche, los hombres que están acostados en el mismo bohío se van a bañar con el fin de que el niño no tenga frío. La madre desde el día siguiente va a sus tareas como si nada hubiese pasado; ayuna algunos días, no comiendo más que casabe seco y bebiendo agua tibia y guardándose bien de comer cangrejos hembras, ya que eso le haría mal al vientre del niño; ellas se ocupan entretanto de aplastar y alisarles la frente, como habéis leído aquí atrás.

Si es un primer nacido y varón, los hombres tienen una tonta costumbre; tan pronto como la mujer ha dado a luz, el marido se mete en la cama y se queja y hace como si él estuviera dando a luz; para entonces está en un pequeño bohío aparte, su cama pendida en alto y hace un ayuno de tres meses. Los primeros días no come más que un poco de casabe seco y agua; después comienza a beber un poco de uicu, pero se abstiene de toda otra cosa; no come más que la mitad del casabe y guarda todos los restos para el día del festín que se hace al final de esta dieta; no sale más que en la noche, y no ve a nadie por temor a oler a alguno lleno de uicu, o a alguien que esté comiendo pescado y este olor le podría tentar y hacer romper su ayuno, con lo cual, la madre se pondría enferma, y el niño no sería valiente; finalizado el tiempo de ayuno, los más ancianos del carbet eligen dos caribes, de los más diestros, para escoltar a este buen ayunador, y el día señalado se le hace venir a la plaza pública; se ve entonces como un esqueleto, y allí se pone de pie, teniendo dos bellos casabes blancos, bien extendidos, a sus pies; mientras dos caribes le levantan los brazos, los maestros carniceros comienzan a desgarrarle la piel con los dientes de aguti bien afilados y cortantes como lancetas; primero le dan cuchilladas muy cuidadosamente, después

siguen por los hombros, los brazos hasta el codo, desde los codos hasta los puños y desde los tobillos hasta las rodillas, sin perjudicar las coyunturas, sufre este tormento, totalmente, sin decir palabra, y no sin temblar, ya que después de un tan largo ayuno carece del calor natural, y esta efusión de sangre lo enfría aún más; su creencia es que ellos sufren menos estando magros, que gruesos; en fin, le sacan tanta sangre que de un enfermo imaginario se convierte en un enfermo real. Esto no es nada; para acabar se le hace una salsa picante como el tamol y, con hojas de rucu, granos de piman y jugo de tabaco con el cual le frotan las cortadas y heridas, y en esta condición todo sangrante como una víctima del Diablo, se lo pone sobre un asiento embadurnado de rojo que le ha sido preparado; las mujeres le llevan de comer, y los viejos se lo ofrecen y meten en la boca como a un niño pequeño; le dan el casabe y el pescado en pequeños trozos; él traga el casabe, pero, escupe el pescado después de haberlo mascado, ya que se pondría enfermo si hiciese tan buena comida de golpe; ellos le hacen beber igualmente, teniéndolo sujeto por el cuello, y cuando ha acabado de comer, los viejos hacen distribución de dos piezas de casabe que este ayunador sacrificado ha atesorado, tirando los trozos por todos lados, que cada uno recoge con rapidez; sin embargo, los dos que tenía a sus pies durante el sacrificio, los debe comer, y con esta noble sangre que les ha caído encima, se le frota la cara al niño, estimando que éste sirve mucho para mantenerlo generoso; cuanto más testimonio haya dado el padre de paciencia, más coraje tendrá el niño. Acabada esta ceremonia él se vuelve a su cama donde permanece todavía algunos días.

Esto no es todo, por espacio de seis meses es necesario que se abstenga, no solamente por el primer nacido, sino todas las veces que sus mujeres tengan niños, de comer de distintos animales, para que los niños no participen de sus cualidades o defectos naturales; por ejemplo, si el padre come tortuga, el niño será torpe y no tendrá cerebro; si come papagayo, tendrá la nariz del mismo; si manatí, los ojos pequeños; y generalmente debe abstenerse de toda otra comida fuera de los cangrejos; este largo ayuno no se hace más que al nacimiento de primer hijo, para los otros no se hacen más que cuatro o cinco días de dieta.

Las mujeres tienen gran cuidado de sus hijos; los llevan por todos lados bajo sus brazos, o en una pequeña cama de algodón que ellas llevan como si fuera un echarpe; jamás los envuelven en pañales, y cuando ellos están un poco robustos por la leche del pecho, ellas les mastican patatas, bananas y otras frutas, las que le dan como alimen-

to. He hablado ya de su bautismo o imposición de nombre; están muy inclinados a comer tierra, a causa, yo creo, de su humor melancólico; yo he visto a los grandes comer yeso con tanta satisfacción como si fuese azúcar.

Cuando los niños tienen cuatro o cinco años, los muchachos siguen al padre, y comen con él, y las hijas con la madre; se crían tanto los unos como las otras, como verdaderos brutos; no les enseñan ni civilidad, ni honor, ni a decir siquiera buenos días, buenas tardes, o a dar las gracias; ellos los maltratan sin corregirlos, lo que los cría en un extraño libertinaje; toda su ciencia cuando son grandes, es tirar con el arco, nadar, pescar y hacer pequeños cestos, y las hijas, camas de algodón; si un hombre está herido o enfermo, mandará a su hermano, o a su hermana o a algún pariente que se guarde bien de comer tal o cual cosa, ya que ello le haría aumentar su mal, aun cuando estén a cincuenta leguas de allí. Cuando una hija llega a nubil, ellos penden su hamaca en la casa y la hacen ayunar diez días a casabe seco y un poco de uicu; si ocurriese que presionada por el hambre, esta pobre muchacha atrapase por la noche cualquier trozo de casabe, ella no será más que una holgazana y no valdrá nada para el trabajo; pero si alguno otro, por piedad, le da un trocito, no valdrá menos por ello.

Cuando quieren criar a alguno para ser capitán, el muchacho procura tener primeramente una cierta ave de presa que ellos llaman *uachi*, a la que alimenta hasta el día fijado para esta ceremonia; llegado ese día, el padre reúne a los más viejos del carbet, y presenta a su hijo sentado sobre un pequeño asiento, y después de haberlo animado a la venganza en contra de sus enemigos, toma el ave por las patas, la revolea, y se la estrella sobre la cabeza; y aunque le aturdan los golpes, es necesario que no manifieste ningún resentimiento, ni dolor, ni eche la menor lágrima; aquél le arranca el corazón al ave, todavía viva, y se lo hace masticar, con el fin de que tenga el coraje para comer a sus enemigos; después se le escarifica la piel por todo el cuerpo, y se le lava y frota con este pájaro remojado en el agua del piman. Hecho esto se le cuelga una hamaca en lo alto de un pequeño bohío aparte, donde él ayuna algunos días, y no es una muchacha, ni una mujer, quien le lleva de comer sino un hombre; de otra manera sería menos generoso. Hay algunos de ellos que a veces renuncian y dejan la partida a la mitad. Yo creo que si en Francia los recién casados, los médicos y los capitanes tuvieran que superar esta prueba y pasar este tamiz, no habría muchos con prisa por alcanzar el oficio.

Para los matrimonios no tienen gran ceremonia, y algunas veces los hombres hacen la elección y la petición; sin embargo lo más frecuente es que las hijas sean ofrecidas por el padre o la madre. Hay quien sin pedirla ni decir una sola palabra se ve acostado por la noche cerca de esta que le agrada; la pobre muchacha en un primer momento se retira, pero la madre que sospecha que el compañero la quiere tomar por mujer, le dice que es tiempo de casarse, aunque frecuentemente ella no tiene más que diez o doce años; en fin, mitad botín, mitad mercancía, ella acepta y he ahí que el matrimonio está hecho; a la mañana siguiente ella viene a peinar al señor delante de los otros, y le trae el matutu y el casabe, y declaran por esta acción pública que ellos se han casado. Si el caribe busca una viuda, él le hace saber su voluntad y no le da más que tres días para decidirse y darle la respuesta.

Un viejo toma algunas veces a una joven, y una vieja sin dientes a un muchacho joven; ellos tienen una gran deferencia por estas viejas hechiceras, y aunque ellas no hacen más que chochar, ellos siguen sin embargo todos sus consejos; son comúnmente las amas en un carbet; se encuentran madres que prostituyen a sus hijas cuando ven que comienzan a crecer y que no se las toma lo bastante rápido como esposas, aunque por ello no tienen ninguna dificultad para desposarse. Hay quien se casa con su propia hija, y a veces con la madre y la hija; algunas veces con dos hermanas. Hay quien tiene hasta seis y siete mujeres en distintos lugares, y si no fuesen tan holgazanes, ya que tienen que alimentarlas, tendrían más.

No hay que olvidar una ridícula costumbre que se practica cuando una mujer está embarazada; algunas veces un caribe pide la criatura al padre y a la madre, y en caso de que sea una hija, y si la madre se la prometió, aquél la marca, como a una bestia para el mercado, haciéndole una gran cruz sobre el vientre con rucu. Cuando la muchacha tiene siete u ocho años, comienza a hacerla dormir con él, para acostumarla de buen modo, aunque tenga otras mujeres; esta niña será conocida como su sobrina.

La mujer no deja de vivir en el bohío de su padre después del matrimonio, y ella tiene más privilegios que el marido, pues puede hablar a toda clase de personas, y él no osa hablar a los parientes de su mujer sin gran dispensa, sobre todo cuando no hay bebida en juego. Ellos evitan siempre el encuentro con éste. La madre le da una hamaca al yerno, y éste le hace un huerto. El está obligado a hacer los bohíos y algún otro pequeño trabajo.

Tienen pocos remedios para sus enfermedades; utilizan algunas hierbas comunes para las llagas, y al enfermo, aun cuando esté casi para morir, no le dan otro alimento que el que acostumbraba tomar cuando tenía salud. No tienen por él compasión alguna y lo abandonan como a una bestia. Ellos recurren al Cemí, como ya habéis visto.

Tan pronto como un caribe ha muerto, las mujeres, lo lavan, lo pintan, lo peinan y lo atavían en su hamaca, y le ponen bermellón en las mejillas y en los labios, como si estuvieran vivos, y lo dejan allí; poco tiempo después lo lían en esta misma cama para enterrarlo. Hacen la fosa en el bohío, pues no entierran jamás a sus muertos al descubierto; lo ponen dentro, sentado sobre los talones y acodado sobre sus rodillas, o bien las manos cruzadas sobre el pecho, y la cara en alto. Les ponen dos pequeños canarys sobre los ojos a fin de que no vean a sus parientes y no los ponga enfermos; un hombre le cubre con un pedazo de madera y las mujeres tiran la tierra encima; hacen fuego alrededor para purificar el aire y para que no tenga frío; queman todas sus ropas, y si tenía un Negro, lo matan —si no escapa por piernas—, con el fin de que sirva a su amo en el otro mundo; también le entierran su perro para que le proteja, busque a los que lo han matado, y capture lagartos para alimentarlo. Allí arrojan algunos canarys y utensilios. Después se ponen a gritar. Todo el carbet resuena en llantos y gemidos, y es por la noche que su corazón se abre a los más tiernos sentimientos; se les ve danzar, llorar y cantar, al mismo tiempo, pero en tono lúgubre. Ellos no dicen más que dos o tres palabras, que repiten frecuentemente, entrecortadas por los suspiros, como ¿porqué has muerto?, ¿estás vivo?, ¿has carecido de mandioca?, y vuelven a comenzar siempre la misma canción; o si él ha sido matado, dirán alguna cosa contra el matador, y las alabanzas del difunto; si tienen parientes en otros carbets, se reúnen para venir también a llorar; la viuda y su vieja Bibi están presentes y reparten los *cacannes* de aquél, a los que hacen mejor llanto; para dar testimonio de su duelo, se cortan los cabellos.

Ellos me han dicho, que en otros tiempos, quemaban los cuerpos de sus capitanes y mezclaban la ceniza con su bebida, y que en el presente han dejado esa costumbre, porque ya no había bravos, y ellos ya no valían nada. Algunos franceses me quisieron hacer creer que mataban a sus padres cuando éstos eran demasiado viejos, porque eran ya una carga, e inútiles en este mundo; y que ellos consideraban que les rendían un buen servicio librándoles de la incomodidad y fastidio de la vejez; y que aquéllos frecuentemente lo deseaban; pero los caribes me han asegurado que ellos jamás han practicado esta

costumbre, y en verdad, aman demasiado esta vida, como he hecho ver. Las danzas, que son las señales de regocijo, son también en este pueblo señales de duelo y de tristeza; ellos danzan más pausadamente y con un aire más lúgubre en sus funerales; pero en otras ocasiones, como en los eclipses de luna y de sol, y cuando la tierra tiembla, se contorsionan mucho. Danzan cuatro días y cuatro noches al claro de luna; dicen que la tierra al temblar les quiere advertir que se porten bien, y ellos se ponen a hacer su mejor pantomima para solemnizar el hecho; se hacen máscaras de diversos colores y figuras, y se adornan con sus más bellos trajes de baile, con sus ornamentos de cabeza, sus pendientes, de orejas, labios y nariz, con pequeñas conchas y cascabeles, con los que hacen tanto ruido que no se oyen las maracas, que son calabazas llenas de pequeños guijarros, que las viejas menean barboteando algunas palabras en un solo tono, sin tiempo ni medida. Ellos tienen varias suertes de danzas, a imitación de los animales; ya danzan de pie separados en dos filas, los hombres de un lado, las mujeres del otro, mirándose y haciendo mil fingimientos y posturas de sátiro; luego se doblan hacia abajo, teniendo los dedos en la boca, y forman un círculo, y a cada estribillo se vuelven a levantar gritando; las mujeres son un poco más decentes y modestas; miran el movimiento de sus pies sujetándose los pechos, a veces levantan sus manos y sus ojos a lo alto, y para acabar se enderezan y se estremecen.

Observaciones sobre sus lenguajes

Aun cuando hay alguna diferencia entre la lengua de los hombres y de las mujeres, como he dicho en el capítulo sobre su origen, sin embargo, ellos entienden una y otra. Los viejos usan una jerigonza, cuando toman alguna decisión de guerra, que los jóvenes no entienden nada. Su lengua es muy pobre; no pueden expresar más que lo que cae bajo sus sentidos; son tan materiales, que no tienen términos para significar las operaciones del espíritu, y si las bestias pudiesen hablar yo no les daría otra lengua que esta de los caribes. No tienen ninguna palabra para explicar las cosas de la religión, de la justicia y de lo que hace referencia a las virtudes, las ciencias y muchas otras cosas de las que no tienen ningún conocimiento. De todo ello por tanto no pueden conversar. No mencionan más que tres o cuatro colores. Por estas pocas observaciones sobre la lengua, se puede juzgar lo que ellos son.

El Reverendo Padre Simón de la Compañía de Jesús, quien ha trabajado mucho y trabaja todavía todos los días con gran celo y fatiga en su conversión, ha hecho un Diccionario entero de preceptos en forma de gramática, un Catecismo y varios relatos familiares sobre los divinos Misterios de nuestra fe; esta obra podrá servir a los que tengan la intención de ganar méritos en la conversión de estos pueblos infieles, como he dicho aquí atrás.

Yo podría engrosar esta relación, pero estas son, me parece, las observaciones más necesarias para conocer a los caribes. No queda más que un pequeño resto de esta nación, porque además de que ellos se destruyen todos los días, los ingleses trabajan para exterminarlos totalmente. Dios, creo yo, ha permitido —sin penetrar en sus juicios— que toda la Europa invada su tierra debido a que son una gran injuria al Creador, por su vida de bestias y porque no lo quieren reconocer; aun cuando se les ha predicado durante veinte años, se burlan de El, y si hubiese lugar para esperar hacerlos cristianos, es necesario, primero, civilizarlos y hacerlos hombres. La Providencia Divina, allí proveerá cuando a ella le plazca. Ella tiene sus designios en todas las cosas.

(Reproducido de la "Revista del Instituto de Cultura Puertorriqueña" con la generosa autorización del traductor).